

**ORDEN SOCIAL, GUBERNAMENTALIDAD
NEOLIBERAL Y EL SUJETO
EMPRESARIO DE SÍ MISMO**

*ORDEM SOCIAL, GOVERNAMENTALIDADE
NEOLIBERAL E O SUJEITO
EMPREENDEDOR DE SI*

Oscar Saavedra¹

Fecha de recepción: 21/04/2019

Fecha de aceptación: 02/08/2019

¹ Docente e investigador vinculado al Dpto. de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Autónoma de Occidente, Cali, Colombia.

RESUMEN

El presente texto busca dar cuenta del fenómeno del neoliberalismo entendiéndolo más como una práctica de gobernar que como una ideología política, según los desarrollos teóricos llevados a cabo por Michel Foucault. Pretendemos mostrar al neoliberalismo como un operar discursivo que busca establecerse como suelo ontológico según órdenes sociales que son instaurados de manera contingente, aunque con pretensiones de universalidad. Desde esta perspectiva teórica, se busca explicitar las consecuencias que las prácticas discursivas de la gubernamentalidad neoliberal tienen en la construcción de subjetividades.

Palabras clave: formaciones discursivas, neoliberalismo, subjetividades.

RESUMO

Este trabalho procura dar conta do fenômeno do neoliberalismo, entendendo ele, não como uma ideologia política, mas sim como uma prática discursiva, conforme se levanta nas elaborações teóricas de Michael Foucault. Nós procuramos mostrar o neoliberalismo como um operar discursivo que procura por se estabelecer como solo ontológico, de acordo a ordens sociais que são instaurados de forma contingente, mas com pretensões de universalidade. A partir desta perspectiva teórica, procura-se explicitar as consequências que as práticas discursivas da governamentalidade neoliberal têm na construção das subjetividades.

Palavras chave: formações discursivas, neoliberalismo, subjetividades.

Introducción

El presente texto tiene como objetivo comprender el neoliberalismo como una práctica de gobernar que estructura subjetividades. Primeramente, dada la dificultad que tienen el esclarecimiento de los presupuestos filosóficos de Foucault, un teórico que hizo de su hacer intelectual un mudar constante, zigzagueante, ante las corrientes de pensamiento que eran relevantes mientras vivió, a saber: el estructuralismo, la hermenéutica y el post-estructuralismo (Dreyfus y Rabinow, 2001). Aprovecharemos la claridad sistemática que presentan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe cuando exponen los presupuestos ontológicos de su propia propuesta teórica en *Hegemonía y estrategia socialista* (1985), para desde allí, aclarar los presupuestos ontológicos de la gubernamentalidad y la producción del sujeto en Foucault, toda vez que comparten, por el enfoque y la problemática abordada, un mismo horizonte ontológico, a saber: la discursividad como constituyente de lo social y al sujeto como resultado de las dinámicas discursivas. Además, es la crítica a la Arqueología del saber de Foucault, lo que les permite a Laclau y Mouffe establecer los límites de su concepto de discursividad. Marcaremos las diferencias entre la idea de discursividad y sujeto en las propuestas teóricas de manera oportuna.

En un segundo momento, mostraremos la manera como Foucault entiende la conformación histórica del neoliberalismo dando cuenta de las diferencias con el liberalismo clásico en enclave gubernamental, es decir como prácticas de gobierno que se instauran de acuerdo a una racionalidad que en su actuar reconfigura tanto al Estado como a las subjetividades.

En un tercer momento, y asumiendo con Foucault que lo que determina los regímenes de verdad son el entramado entre los campos de saber y las relaciones de poder, en el caso del neoliberalismo la economía política como saber y práctica reguladora que reconfigura al Estado de acuerdo al principio de libertad de mercado, presentamos los desarrollos teóricos del economista William Theodore Schultz acerca del capital humano como parte de los saberes organizados que pretenden hacer de la dinámica competitiva poder formador de la sociedad.

Por último, mostramos los aportes teóricos de Byung Chul Han en lo que respecta a la configuración por el neoliberalismo del sujeto empresario de sí mismo. Byung Chul Han va a ver en la auto-explotación del individuo y en su transparencia en las redes mediático-digitales las características subjetivas que le permiten al neoliberalismo codificarlo como información para extender socialmente el modo de producción inmaterial que le caracteriza como fase avanzada del capitalismo.

Realidad social y discursividad

Qué se quiere decir cuando expresamos que la realidad social es construida. Primeramente, y siguiendo a Hacking (2001), decir que algo es construcción expresa en términos filosóficos que ese algo no es necesario, que ese algo puede ser de otra forma; esto es, que ese algo es contingente. Contrario a lo que expresa el idealismo hegeliano o algunas corrientes del marxismo, desde esta perspectiva la realidad social no implica una teleología ni tiene leyes objetivas que puedan ser descubiertas para explicarla.

Por eso no es posible trazar una línea para el futuro siguiendo la idea de momentos o etapas en el desarrollo de las sociedades. Tampoco podemos jerarquizar las distintas sociedades siguiendo el criterio de progreso, a partir de la idea de que unas sociedades estarían más desarrolladas que otras en ese ascender teleológico que implicaría un avance en la búsqueda de un perfeccionamiento de la humanidad.

Cuando hablamos de construcción, no estamos diciendo que las sociedades no tengan órdenes, sólo que esos órdenes surgen de los procesos de interacción social que se dan entre sociedades y al interior de ellas. Tampoco estamos negando que las sociedades se organizan según fines a ser alcanzados, sólo que esos fines no son exteriores al relacionamiento humano, para decirlo en términos de Searle (en Hacking, 2001), esos órdenes y esos fines son ontológicamente subjetivos, pero epistemológicamente objetivos, en el sentido de adquirir autonomía al momento de dar cuenta de ellos. Luego, si no existe necesidad en los órdenes sociales y en los fines que las sociedades buscan, la pregunta que precisamos hacernos es cómo se logran establecer.

Discursividad y sujeto

La herencia teórica de Laclau y Mouffe, en lo relacionado a su concepción del discurso, viene dada por el post-estructuralismo. En la tradición post-estructuralista, el lenguaje no se concibe más como la representación de la realidad, en el sentido de un reflejar el mundo, una clara concepción binaria donde por un lado estaba el mundo a ser representado y por otro la lengua en la procura de su representación. Con la crisis de esta concepción, desde la perspectiva teórica del estructuralismo, se comenzaba a pensar que el lenguaje constituía lo que antes se pensaba le era exterior, lo hacía según una estructura unificada y de relacionamiento diferencial que subyacía y determinaba los significados de la vida social.

Sin embargo, para los post-estructuralistas si bien el lenguaje conforma la vida social, ya no se trata de una estructura profunda y fija, pues las relaciones diferenciales entre los significantes no son solamente potencialmente infinitas (lo que impediría el cierre total de la estructura), sino también de tal naturaleza que el significado puede convertirse en significante de otro significado, por lo que la distinción misma entre significante y significado se hace difícil de establecer. Así, la idea de una estructura profunda que subyace a la multiplicidad aparente de la vida social, determinándola, comienza a perder sentido.

En consecuencia, la realidad social va siendo conforme el lenguaje se va estructurando sin nunca poder alcanzar la significación plena. “No habría, pues, dos planos, uno de las esencias y otro de las apariencias, dado que no habría la posibilidad de fijar un sentido literal último, frente al cual lo simbólico se constituiría como plano de significación segunda y derivada. La sociedad y los agentes sociales carecerían de esencia, y sus regularidades consistirían tan sólo en las formas relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de un cierto orden” (Laclau y Mouffe, 1987:164).

En vez de una estructura última, los post-estructuralistas van a comenzar a hablar de discurso o de formaciones discursivas como la forma en que se organizan las relaciones sociales. Si estas discursividades carecen de la posibilidad de establecerse de forma definitiva en una totalidad

que organice las diferencias de sus elementos constitutivos, la pregunta a hacerse es cómo se logran estabilizar las relaciones y las identidades sociales, aunque apenas parcialmente, pues si no existiese esa estabilización, lo social, como organización de diferencias, no sería posible.

Lo que ocurre, según Laclau y Mouffe, es que ciertos significantes privilegiados fijan el sentido de la cadena significativa. Van a llamar de articulación a la posibilidad de intentar fijar un orden social. La articulación es un esfuerzo por establecer como natural lo que desde siempre es simbólico. Ocurre entonces que por medio de prácticas discursivas articuladoras se establecen las hegemonías como órdenes sociales que se intentan fijar como necesarios, a pesar de su contingencia.

Cabe resaltar, en cuanto a la propuesta post-estructuralista de Laclau y Mouffe, que cuando se habla de discurso o campo discursivo como práctica articuladora hegemónica no se está hablando solamente de una realidad lingüística, como se podría pensar desde una posición idealista tipo Berkeley, pues ella atraviesa “todo el espesor material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales una formación discursiva se estructura” (Laclau y Mouffe, 1987:185). En ese sentido, no niegan la existencia externa al pensamiento, sólo que, afirman, esa existencia no puede constituirse como objeto fuera de las discursividades.

Foucault, en la *Arqueología del saber* (1987) se pregunta: ¿se puede construir una totalidad discursiva o hay que limitarse a los encadenamientos de enunciados? Su respuesta será la segunda opción, pues entenderá las formaciones discursivas como sistemas de dispersión, es decir, correlaciones, posiciones, funcionamientos, transformaciones entre enunciados, evitando con ello definir el discurso como una totalidad. En su lógica de la discontinuidad, de las rupturas históricas de los distintos órdenes del discurso, llamará de reglas de formación a las condiciones de existencia de esas formaciones discursivas.

Como ya vimos en Laclau y Mouffe, lo discursivo abarca todo lo social y subsume lo no lingüístico a lo discursivo, luego su exterioridad, aquello que amenaza el orden discursivo contingente y abierto son otras discursividades. En el caso de Foucault, centrado en las rupturas y reacio a definir las discursividades previamente como totalidades, lo no

lingüístico puede aparecer como parte de las condiciones de emergencia de las formaciones discursivas, dado que el significado presupone condiciones que no son reducibles a la significación. La arqueología, esa ciencia de los objetos mudos “hace hablar esos rastros que, por sí mismos no son verbales a menudo, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad dicen” (Foucault, 1987:10-11).

Por tanto, en Foucault no necesariamente lo no discursivo se encuentra subsumido en lo discursivo, abriéndose un margen de no problematización de la realidad como consecuencia de “aquello” que no se deja simbolizar. Surge entonces el interrogante por los límites del discurso, pregunta a la que Foucault nunca dio una respuesta satisfactoria, preocupado más por describir las relaciones de los enunciados en las formaciones discursivas desde los enunciados mismos que de definirlos a partir de totalidades enunciativas previamente establecidas.

En lo que respecta al sujeto, Laclau y Mouffe van a adherirse a la propuesta estructuralista que asume que toda experiencia subjetiva depende de las condiciones discursivas, pues “los sujetos no pueden ser el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia” (Laclau y Mouffe, 1987:196). Por lo tanto, el sujeto no es una totalidad originaria y fundante de lo social, es apenas una posición dentro de un discurso. Sin embargo, asumen la crítica post-estructuralista también en relación al sujeto, cuando dicen que si bien el sujeto es construcción discursiva y por definición el discurso no se cierra en sí mismo, de igual manera las posiciones discursivas que son los sujetos no se establecen de manera fija y definitiva en el discurso.

Dicho en otras palabras, el sujeto, entendido como construcción discursiva, nunca puede establecerse como una identidad plena en su relacionamiento con otras posiciones de sujeto. Por eso, para Laclau y Mouffe, establecer las identidades y las alteridades de los sujetos humanos es consecuencia de un proceso de articulación y antagonismo en un escenario de contingencia que siempre puede ser distinto. En consecuencia no hay realidad humana sin un constante proceso simbólico.

En Foucault, también el sujeto es discursivo, en el sentido de ser estructurado discursivamente como resultado de las complejas relaciones

entre los campos de saber y las relaciones de poder que generan efectos de verdad, regímenes de verdad, dirá Foucault, que disciplinan los cuerpos y controlan los procesos humanos vitales influyendo con ello en los procesos de subjetivación. Así el sujeto es sujetado por las formas de poder de las que emerge según las condiciones de existencia que las posibilita.

Foucault: de las discursividades a la gubernamentalidad

En consecuencia con lo planteado hasta el momento, Foucault concibe los órdenes sociales no como poderes constituyentes sino como relaciones de poder que se configuran diferencialmente según formaciones discursivas, las cuales se hacen manifiestas a partir de prácticas sociales que Foucault va a llamar de dispositivos, esto es, una heterogeneidad de prácticas, pero también de técnicas, estrategias y saberes organizados de acuerdo a una racionalidad. Será desde la descripción de las prácticas mismas que podrá darse cuenta de esa racionalidad histórica, contingente y abierta que les das sentido, pues como vimos en la discusión de Laclau y Mouffe (1987) no se pueden ni definir ni presuponer.

Es importante aclarar que en Foucault la práctica no es la acción, es decir, una conducta que adquiere su sentido en el sujeto de acuerdo a intereses y valores, según lo definió Max Weber. Las prácticas adquieren su sentido al conformarse como dispositivos de acuerdo a una racionalidad. Así, la práctica en relación a la acción será el modo, la manera como se estructura el campo posible de la acción de los sujetos, lo que a su vez genera procesos de subjetivación en los individuos.

Desde *Seguridad, territorio y población* (2006), Foucault va a empezar a estudiar las prácticas de poder en el control de poblaciones. Consecuentemente desde su perspectiva teórica, el Estado, concepto que ha sido central para explicar ese control, no va a ser considerado una esencia sino más bien un correlato de cierta manera de gobernar. Por ende, metodológicamente la pregunta para Foucault no va a ser qué es el Estado sino cuál es esa manera de gobernar que implica un tipo de racionalidad y que lo va a presentar como algo ya dado, pero también como algo por construirse; por eso, para Foucault, el Estado es menos una realidad autónoma que un

tipo de racionalidad en la práctica gubernamental. Lo que hará la práctica gubernamental, gubernamentalidad la llamará Foucault, es racionalizar el obrar del Estado como un deber ser; de ahí que se articule con saberes, técnicas, estrategias y un lugar de veridicción que legitima su hacer.

El neoliberalismo como práctica de gobernar

Según Foucault, el neoliberalismo aparece históricamente como gubernamentalidad alrededor de 1930 con los Ordoliberales alemanes y en los Estados Unidos alrededor de 1950 con la llamada Escuela de Chicago, la cual va consiguiendo influencia primero en la academia y luego en los gobiernos de los países europeos después de la crisis capitalista de los años 70's, cuando el Estado de bienestar se mostraba incapaz de solventarla. La gubernamentalidad neoliberal se logra establecer definitivamente como práctica gubernamental hegemónica alrededor de los 80's con la toma del poder de los gobiernos neoconservadores de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en Inglaterra y los Estados Unidos respectivamente. Resta decir que fueron Chile y Argentina, alrededor de los años 70's, durante las llamadas dictaduras del Cono sur en América latina, los primeros países que sirvieron como termómetro para los ajustes neoliberales. Así, el neoliberalismo comenzará a establecer una institucionalidad mundial que buscará garantizar el libre comercio y el derecho de propiedad para permitir la competitividad de los mercados.

En lo que sigue, nos proponemos mostrar la manera en que Foucault entiende la conformación histórica del neoliberalismo como práctica gubernamental, teniendo primero que clarificar cuáles son para él las diferencias existentes, en términos de gubernamentalidad, entre el liberalismo clásico que aparece en Europa desde mediados del siglo XVIII y el neoliberalismo que comienza a constituirse como discursividad en la segunda mitad del siglo XX.

Para Foucault, en el sentido de práctica judicial, el derecho civil es constitutivo del Estado, aunque se presente como si estuviese fuera de él. En esa paradoja, el derecho se hace el principio delimitador de la soberanía de Estado, y en caso de que el soberano exceda los límites impuestos por el derecho, el gobierno podrá ser considerado como

ilegítimo, o sea, un gobierno que no hace lo que conviene, según leyes naturales que vienen de Dios o de una historia remota.

Con el aparecer del liberalismo como razón gubernamental, según Foucault, a mediados del siglo XVIII, no va a ser más el derecho la forma de racionalidad que auto-limita a la razón gubernamental, ahora será la economía política que no va a tener más la posición de exterioridad que otrora tenía la racionalidad jurídica; puesto que la economía política se creó como parte de los objetivos que la razón gubernamental liberal estableció, a saber: procurar el enriquecimiento del Estado. Siendo así, el límite de la razón gubernamental no va ser más un problema de legitimidad a partir de las leyes fundantes del Estado, sino de los efectos de esa gubernamentalidad al interior de la soberanía misma. Dicho de otro modo, la naturaleza humana, que para el derecho tiene origen divino y leyes que preceden al Estado, en el caso de la racionalidad económica liberal esa naturaleza existe simultáneamente a la práctica de la gubernamentalidad, luego la práctica gubernamental no va a poder hacer lo que tiene que hacer, si no respeta aquello que sería la otra cara de su hacer.

En esos términos, para el liberalismo el problema ya no es de legitimidad o de ilegitimidad de la soberanía y sí del éxito o el fracaso de la gubernamentalidad conforme sea respetada o no esa naturaleza que va simultánea a la gubernamentalidad. Para Foucault, esa razón de Estado va a encontrar el sentido de su hacer, pero también su límite, en un régimen de verdad estructurado según el mercado. Así las cosas, si el Estado actúa conforme a su naturaleza, permite al mercado formar los precios que pasarán a ser llamados de verdaderos.

Esos precios verdaderos se van a constituir como pauta de verificación que va a posibilitar discernir en las prácticas gubernamentales las correctas de las incorrectas, pues el poder público cuando asegura la concurrencia a los mercados y la formación natural de los precios, lo hace bajo el principio de utilidad. Luego, si el poder es útil, el poder es verdadero. Se crea así un espacio económico que va a ser garantizado por la práctica gubernamental. En el Estado liberal no será más el derecho y sí el crecimiento económico quien limite o justifique el hacer del Estado.

Para Foucault, las crisis del liberalismo como práctica gubernamental se encuentran ligada a las crisis de la economía del capitalismo. Será con las crisis capitalistas de las primeras décadas del siglo XX que aparecerá el intervencionismo de Estado en la economía; pero, sobre todo, será después de la Segunda Guerra Mundial, con las exigencias de planificación y reconstrucción para establecer una nueva hegemonía con el liderazgo de Estados Unidos, que las políticas de intervención se instalaran como práctica gubernamental con el objetivo de atender las tensiones sociales producidas por el mercado y contestadas por los trabajadores siempre desde el mismo Estado y bajo la forma de derechos sociales indispensables. Así se buscaba evitar tanto los fascismos como los socialismos de Estado.

Se trataba de intervenir la economía para que el Estado ayudase con la inversión que permitiera el crecimiento económico. En Europa, el intervencionismo como práctica gubernamental dio para la consolidación del llamado Estado de bienestar, el que será predominante hasta 1973, año en que la caída de los precios del petróleo y la eliminación del patrón oro-dólar producen una crisis en la acumulación del capital.

Para Foucault, como respuesta a la crisis del Estado de bienestar, alrededor de la década de los setenta del siglo XX, aparece la práctica gubernamental del neoliberalismo que, como ya dijimos, presenta diferencias significativas con el liberalismo clásico. En el neoliberalismo la libertad del mercado se hace principio organizador del Estado. “No se trata simplemente de liberar la economía. Se trata de saber hasta dónde podrán extenderse los poderes políticos y sociales de información de la economía de mercado” (Foucault, 2007:150). Así, según Foucault, la práctica gubernamental neoliberal no va a gobernar para la economía, sino para la sociedad misma, “En el fondo, tiene que intervenir sobre esa sociedad para que los mecanismos competitivos, a cada instante y en cada punto del espesor social, puedan cumplir el papel de reguladores” (Foucault, 2007:179). Se busca una sociedad sometida a la dinámica competitiva como poder formador de la sociedad. En su búsqueda, dos son los ejes sobre los cuales, según Foucault, opera el neoliberalismo: la formalización de la sociedad en base al modelo de la empresa y la redefinición de la institución jurídica y de las reglas del derecho. “Un

juego regulado de empresas dentro de un marco jurídico institucional garantizado por el Estado” (Foucault, 2007:209).

Para Foucault, el neoliberalismo hace no sólo una crítica a los excesos del gobierno, sino también se constituye él mismo en una permanente intervención gubernamental, sólo que no para restringir en lo práctico las libertades formalmente concedidas: competitividad en los mercados, poder de contratar, defensa de la propiedad; sino para producir, multiplicar y garantizar esas libertades que el sistema necesita.

Subjetividad y neoliberalismo

Ya vimos como para Foucault las prácticas gubernamentales estructuran al sujeto cuando buscan moldear las acciones sociales. Para el neoliberalismo como práctica gubernamental que intenta multiplicar la forma empresa socialmente, el salario se hace renta; es decir, un rendimiento del capital, e inversamente el capital es todo lo que puede llegar a ser una renta futura. De este modo, el trabajo comportaría un capital, pues una aptitud, una competencia puede volverse renta; de lo que se sigue que, en relación a su trabajo, el trabajador pasa a ser una especie de empresa para sí mismo, siendo “su propio capital, su propio productor, la fuente de sus ingresos” (Foucault, 2007:265). Bajo esa racionalidad, la sociedad ya no estaría constituida por individuos con intereses, sino por unidades-empresa en competencia.

Teniendo en cuenta que para el neoliberalismo es la competencia y su natural formación de precios lo que debe ser protegido por la práctica gubernamental, si apareciese el desempleo, esto no debe ser motivo para intervenir el mercado, pues de lo que se trata no es de alcanzar el pleno empleo, como en el Estado de bienestar, sino de incentivar la autogestión y la inversión en sí mismo para mejorar el rendimiento del capital humano, en otras palabras, mejorar aquello que en el individuo pueda hacerse renta en un escenario donde lo que se busca es la competitividad. Luego, un desempleado para el neoliberalismo es “un trabajador en tránsito entre una actividad no rentable y una actividad

más rentable” (Foucault, 2007:171), “alguien trabajando en sí mismo para mejorar su empleabilidad” (Vázquez, 2005: 93).

Así, en el neoliberalismo se tiene una población fluctuante entre la asistencia y el empleo, una perpetua mano de obra que se podrá usar o enviar de vuelta para ser asistida si fuese necesario, sólo que esas asistencias no serán más subsidios a la población, sino concesiones condicionadas al rendimiento de cada uno y estipuladas de modo contractual.

Como parte de los saberes organizados que según prácticas reguladores constituyen la gubernamentalidad neoliberal, será el economista Theodore Schultz en su libro *La inversión en la gente* (1985 [1961]) quien planteará por primera vez la necesidad de invertir en la calidad de la población y no en la propiedad, pues para él será el capital humano (habilidades y conocimiento) lo que determinará la modernización de las economías nacionales, reduciendo la dependencia de la tierra cultivable y las menguantes fuentes de energías, optimizando así los recursos mediante el adelanto en el conocimiento y las técnicas.

La inversión en la gente y el capital humano

Schultz considera que no es la tierra per-se sino el agente humano el factor crítico en la cuestión de la pobreza. Por ende, será la inversión en la calidad de la población más que en la posesión espacial de los suelos lo que mejorará las perspectivas económicas de esa misma población. Ejemplos de ello los ve Schultz en el maíz híbrido que aumenta su productividad sin aumentar la extensión de la tierra cultivable, los plásticos y aluminio sustitutos de diversos metales y madera y la energía nuclear “que va reemplazando los metales fósiles” (Schultz, 1985:74). Con lo que en 1961, momento en que escribe su libro, Schultz llega a concluir que en Estados Unidos cuatro quintos de la riqueza nacional consisten precisamente en las capacidades adquiridas de las personas –educación, experiencia, habilidades y salud – y sólo un quinto en la propiedad.

Por otro lado, haciendo un diagnóstico del bajo nivel de renta en los países subdesarrollados, Schultz le atribuirá la responsabilidad a las equívocas políticas agrarias que buscando reformas sociales para

mejorar la empleabilidad terminan por distorsionar los precios dados naturalmente por el mercado, según la ley de la oferta y la demanda, impidiéndole a los campesinos, a quienes se les toma por ignorantes, el tomar las mejores decisiones en pro de su bienestar.

Por ende, es un error, dice Schultz, la intervención gubernamental en la economía buscando redistribuir los recursos, porque además de distorsionar los precios se le quita poder de decisión a las personas para responder adecuadamente a las inversiones que cada quien debe hacer en la procura por mejorar su propio bienestar. Así, para el autor, en los asuntos económicos los organismos públicos son más lentos que los individuos cuando se trata de percibir e interpretar cambios en las condiciones económicas y de reaccionar a ellos de manera adecuada.

La homogeneidad que se le presupone al capital, dice Schultz, ha sido la causante de los inadecuados análisis del crecimiento económico, pues se basan en una única escala de medición que implican las mismas desigualdades y diferencias en relación a las tasas de rendimiento. Ya que para Schultz el capital tiene distintas formas, en el caso de las habilidades y el conocimiento humano, estas cualidades pueden verse como un tipo de capital, pues contribuyendo a la productividad laboral y a la capacidad empresarial, generan recursos económicos; luego su valor no dependerá tanto de un patrón objetivo como del “bienestar adicional que derivan de él los seres humanos” (Schultz, 1985:20). Vistas estas cualidades como calidad de población, y la calidad de población como un recurso escaso, dice Schultz, adquiere un valor económico haciendo esto que su adquisición imponga un coste.

En su ecuación, cuando las ganancias obtenidas en bienestar (según lo conciba cada quien) excedan el coste, o sea la inversión (ésta si monetaria), la calidad de la población irá en aumento. Esto significa, según la oferta y la demanda, lo que en Schultz tendrá el estatus epistémico de ley, que el aumento en la oferta por mejorar la calidad de la población es una respuesta natural a una demanda de esa forma de capital.

De ahí que, concluye Schultz, hay que dejar que sea el mercado y su competencia espontánea (léase empresas), y no la política, los que determinen los costes y la pertinencia de las inversiones en la calidad

de la población: el cuidado de niños y ancianos, el trabajo doméstico, la sanidad y sobre todo la escolarización son atributos de la población que por ser adquiridos son valiosos económicamente hablando, pudiendo ser aumentados con inversiones apropiadas. A estas cualidades se refiere Schultz cuando habla de capital humano.

Las inversiones en capital humano

Schultz no duda en culpar de los fracasos en educación superior a un punto de vista sobre la educación que según él está arraigado en la perfectibilidad del hombre y la sociedad, “un mundo utópico donde la gente no fuese egoísta y donde no fuere necesario competir por los recursos que escasean” (Schultz, 1985:55). Para Schultz, al igual que para Hobbes, el comportamiento humano es ambicioso y egoísta en la pugna por adquirir, conservar y usar los recursos que escasean. Luego, el desarrollo impone constantemente reajustes en todo tipo de opciones económicas y los desequilibrios en la economía no sólo son frecuentes sino también inherentes al proceso de modernización.

En coherencia, Schultz ve el problema de la educación en el monopolio que implica la educación pública al abrigo de cualquier competencia que, según él, responde a grupos organizados con intereses de mantenerla fuera del ámbito escolar. Si la educación se abriese a la competencia, dice Schultz, se generaría mayor eficiencia y a padres y jóvenes “Podrían asignarles fondos públicos y dejarlos en libertad de escoger su escuela sin imponerles ninguna limitación, a no ser que los fondos sean usados para educación” (Schultz, 1985:95). No abrir la educación a la competencia y disminuir la autoridad de los padres a la hora de determinar la calidad de la escolarización que deben tener sus hijos es, además de una distorsión del mercado, “una total incongruencia con los valores liberales” (Schultz, 1985:88).

En cuanto a las inversiones que deben hacerse en capital humano, Schultz no evalúa únicamente la intervención errada del gobierno en educación, capítulo aparte le dedicará a las organizaciones que reunirá bajo el nombre de Comunidad Internacional de Donantes, a las que calificará de nocivas. Según Schultz, el propósito de estas organizaciones, que

fueron creadas desde la Segunda Guerra Mundial, es la ayuda extranjera a países de baja renta, lo que ha sido, dice Schultz, una manera de politizar la economía. “Sostengo que muchos organismos donantes internacionales tienen un prejuicio anti-mercantil y muestran propensión a apoyar la intervención gubernamental a expensas de la productividad económica” (Schultz, 1985:119). Schultz los acusa además de usar las imágenes de la miseria, sirviéndose de ellas para lograr más recursos de los gobiernos y las instituciones que son sus donantes, en vez de ayudar con centros competentes y viables de investigación sobre la nutrición en estos países.

En definitiva, son tres los problemas que Schultz ve en las ayudas que los países de alta renta, como él los llama, prestan a los países de baja renta para mejorar su productividad económica:

- a. La poca inversión en capital humano, principalmente en escolaridad, educación superior y sanidad.
- b. El condicionamiento de reforma social que se le impone a las ayudas económicas, que siendo un noble ideal, según Schultz, lesionan la productividad económica, pues reducen los ingresos potenciales disponibles para el bienestar de la gente al distorsionar los precios. Y,
- c. El difundido prejuicio en contra del rol de los mercados que realiza principalmente la Comunidad Internacional de Donantes, según Schultz, es el que más lesiona la productividad.

Desde la visión de Schultz, los seres humanos se ven no como comunidades o colectivos, sino como individuos que compiten entre sí para mejorar su propia calidad de vida, siendo la satisfacción personal, el éxito o el fracaso social, según cada quien lo entienda, lo que determinará si son correctas las inversiones en sí mismo, es decir, en capital humano, en un mundo-mercado en el que los individuos compiten como empresas.

De ahí que la inversión pública y las ayudas de las entidades donantes internacionales sean vistas como equivocadas, pues al intervenir la

economía buscando el pleno empleo y la redistribución colectiva de las rentas se desestimula la competencia, generándole trabas al libre juego de la oferta y la demanda y teniendo como consecuencia la distorsión en la formación natural de los precios.

Por eso, a partir de sus planteamientos se abogará por el desmonte de los sistemas públicos de educación, salud y pensiones, ámbitos éstos que pasarán a ser parte del mercado, pues de derechos ciudadanos serán concebidos ahora como capital humano, lo que conlleva un coste, que las hace susceptibles de mejorarse por inversiones, según las decisiones individuales de los agentes económicos.

Además de concebir las capacidades humanas como capital y de rechazar cualquier intervencionismo estatal que distorsione las “naturales” dinámicas del mercado, en su posibilitarse como práctica gubernamental, el neoliberalismo precisa de generar procesos de subjetivación para establecer el *Ethos* social empresarial. Se trata de construir un sujeto que asuma tanto su éxito como su fracaso social como parte de su propia responsabilidad. La inversión en capital humano y el emprendedorismo van a ser las prácticas sociales que se instaurarán en la búsqueda por alcanzar ese *Ethos* (Vázquez, 2005).

La psico-política y el empresario de sí mismo: los sujetos del rendimiento y la transparencia

Byung-Chul Han (2014) hace un aporte significativo al esclarecimiento de las subjetividades que configura el neoliberalismo cuando le entiende como una mutación del capitalismo que pasa de los modos de producción materiales a los actuales modos inmateriales de producción. En consecuencia, nos va a decir, que ni las prácticas disciplinares ni las prácticas de gobierno planteadas por Foucault son suficientes para entender la constitución de esas subjetividades que colaboran en la ampliación del espesor social del neoliberalismo, puesto que principalmente serán los entramados mediáticos-digitales las técnicas que le constituirán como sujeto de auto-explotación, de competencia y de

transparencia social. Más que un control de los procesos de vida se plantea por el neoliberalismo un control de las psiquis.

Byung-Chul Han en la discusión sobre la constitución del sujeto del neoliberalismo nos habla de un sujeto que se presupone soberano de sí, libre de un dominio externo que lo obligue a trabajar. En este caso, la supresión de un dominio externo no conduce a la libertad, por el contrario, hace coincidir la libertad con la coacción cuando esa misma libertad le somete, ya que también es un sujeto del rendimiento que se abandona a la libre obligación de maximizarlo, “el exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en auto-explotación” (Han, 2012:32). Es una explotación mucho más efectiva porque va acompañada del sentimiento de libertad. Por eso, para Byung-Chul Han “la libertad individual es una esclavitud en la medida en que el capital la acapara para su propia proliferación” (Han, 2014:8).

La técnica de poder del régimen neoliberal adopta una forma sutil, nos dice Byung-Chul Han, no se apodera directamente del individuo disciplinándolo a partir de un sistema normativo, sino que se ocupa de que el individuo actúe de forma que reproduzca por sí mismo el entramado de dominación que es interpretado por él como libertad. Por eso, nos dice Byung-Chul Han, una de las estrategias neoliberales es apelar a la transparencia que de forma violenta busca que el sujeto se haga enteramente manifiesto en pos de codificarlo como información, lo que en un modo de producción inmaterial implica (a condición de que esa información sea comunicada de manera efectiva) más productividad y crecimiento, luego “a las personas se les desinterioriza porque la interioridad obstaculiza y ralentiza la comunicación” (Han, 2014:12).

Esa transparencia, nos dice Byung-Chul Han, hace que el sujeto permanezca permanentemente expuesto si quiere existir. Ese exceso de exposición se hace obsceno, pornográfico, pues carece de toda narratividad, de una dirección, de una escena que le dé sentido, siendo mera aparición, mero dato, carente de historia, que se cosifica para ser incluido en el circuito acelerado y diáfano de la producción, la información y la comunicación.

El entramado digital es un panóptico de nueva índole. Para Byung-Chul Han “la técnica de poder del régimen neoliberal no es prohibitoria, protectora o represiva sino prospectiva, permisiva y proyectiva” (Han,

2014:34). Controla, pero carece de perspectiva, del ojo vigilante, lo que hace que aquellos que lo habitan voluntaria y permanentemente (el sujeto-empresario de sí necesita de la exposición digital) se crean libres. “La peculiaridad del panóptico digital está sobre todo en que sus moradores mismos colaboran de manera activa en su construcción y en su conservación, en cuanto se exhiben ellos mismos y se desnudan” (Han, 2013: 89).

Ya no se diferencia lo público de lo íntimo, por eso no existe ya la escenificación de los sentimientos objetivados como la felicidad, la angustia o la esperanza, pero tampoco lo oculto: el secreto; ya no más aquel resquicio en que te haces escenario de ti mismo con total desvergüenza y que a veces, sólo a veces, haces participes a tus más cercanos. Hoy la exigencia de intimidad se hace sospechosa. Ya no se trata ni de representarse ni de conocerse sino de exponerse. Los consumidores se entregan voluntariamente a las observaciones panópticas, que dirigen y satisfacen sus necesidades. Aquí los medios sociales ya no se distinguen de las máquinas panópticas. Coinciden comunicación y comercio, libertad y control. Lo social se hace operacional a las relaciones y al proceso de producción. A la par, la hondura del ser ya no existe más.

Tampoco existen más las diferencias de clase generadas por el capitalismo. Como nos lo recuerda Byung-Chul Han, históricamente la concepción de proletario viene de prole, aquel que tiene a sus hijos como única posesión, luego su autoproducción se limita a la reproducción biológica. Hoy por el contrario se extiende la ilusión de que cada uno en cuanto proyecto libre es capaz de una auto-producción ilimitada, disolviéndose así en el neoliberalismo la dialéctica marxista de clase entre burguesía y proletario. Por eso, nos dice Byung Chul Han, el sujeto neoliberal, aislado y explotador de sí mismo, es un sujeto agotado y depresivo, no un revolucionario, pues no consigue constituir un nosotros político con capacidad para una acción común. “Quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema” (Han, 2014:10). El sujeto neoliberal genera su propio control mientras se percibe libre de las discursividades que como prácticas de dominio le configuran y le sujetan.

A modo de conclusión

Planteados los presupuestos filosóficos, a saber: el orden social es un orden de lo subjetivo que se objetiva y de lo contingente que se hace histórico, son las discursividades en pugna por la hegemonía las que instauran los órdenes sociales siempre en riesgo de inestabilidad. Las formaciones discursivas entrelazan relaciones de saber-poder que se manifiestan como prácticas y subjetividades. En ese sentido, podríamos entender la gubernamentalidad como una práctica histórica que busca hacer del obrar del Estado un deber ser, una razón de Estado.

A partir de lo anterior y desde una perspectiva discursiva del poder, podemos decir que la hegemonía alcanzada por la gubernamentalidad neoliberal luego de desmontado el Estado de bienestar, debe sus mayores réditos a la flexibilización del concepto de capital, pues naturalizando su supuesta heterogeneidad han permeado las subjetividades, a saber: nos encontramos con sujetos individuales, libres e iguales que se asumen poseedores de un capital humano, el cual es susceptible de variación en su valor rentable, y cuyo incremento es deseable en aras de hacerse viable en un mundo-mercado en el que se compite por los escasos recursos existentes.

Así, de privilegios, las jerarquías sociales pasan a entenderse como posiciones de sujeto en el juego abierto del mercado, efecto de las correctas o equivocadas decisiones personales al momento de invertir monetariamente en capital humano; con lo que se logra cargar de unas responsabilidades sociales al sujeto trabajador que antes no tenía, pues ahora el capital ya no le es externo ni negativo, sino que yace potencialmente en él, con la posibilidad de mejorarse a través de auto-inversiones que tienen un coste, y que depende sólo del individuo que éstas rindan o no beneficios económicos.

Este mundo-económico que en los planteamientos de Schultz se presenta como un escenario dado de antemano, sin discutirse sus presupuestos ontológicos, donde un homo-economicus, también sin presupuestos explícitos, pugna con otros sujetos por adquirir, conservar y usar los recursos que escasean, es la que le permite invisibilizar la existencia de estructuras objetivadas de poder (ontológicamente subjetivas) que puedan estar más allá del sujeto y que condicionan orgánicamente su lugar en el mundo, na-

turalizando las desigualdades sociales sean éstas por género, raza o clase; pero también y sobre todo naturalizando la reducción de la vida humana a un mundo en el que sujetos-empresa de sí mismos concurren a su hábitat natural: el mercado, el bioma donde la vida humana es posible por la competencia individual en la disputa por los escasos recursos existentes.

Así, el *Ethos* de la sociedad empresa es formalizado e institucionalizado según prácticas jurídicas, educativas, comunicativas, pero también digitales, generando subjetividades que a su vez ayudan a la construcción y a la manutención de las condiciones para la reproducción y expansión del modelo, a costa de la sobre-explotación y el super-rendimiento que el sujeto-empresa exige de sí mismo, porque, como lo expresa Castro Gómez, las tecnologías políticas del neoliberalismo producen modos de existencia que buscan que los gobernados “hagan coincidir sus propios deseos, esperanzas, decisiones, necesidades y estilos de vida con objetivos gubernamentales fijados de antemano” (Castro Gómez, 2010:13).

Para Sartre, según una mirada existencialista de lo humano, en las condiciones más limitantes siempre hay posibilidades para la decisión del individuo en pos de la libertad. Desde la hegemonía de la gubernamentalidad neoliberal, visto lo humano como capital susceptible de mejorarse como rédito, podríamos torcerlo a mero slogan: siempre, en el escenario natural humano que es el mercado, incluso en las condiciones más adversas y en pos de su propio bienestar, tendrá posibilidades de invertir en usted mismo.

Referencias

CASTRO GÓMEZ, Santiago (2010), *Historia de la gubernamentalidad*, Bogotá, Instituto Pensar, Universidad Javeriana.

DREYFUS y RABINOW (2001), *Michael Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Nueva Visión.

FOUCAULT, Michel (1987), *La arqueología del saber*, México, Siglo Veintiuno.

FOUCAULT, Michel (2006), *Seguridad, territorio y población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, Michel (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

HACKING, Ian (2001), *La construcción social de qué*, Barcelona, Paidós.

HAN, Byung-Chul (2012), *La sociedad del cansancio*, Barcelona, ç Herder.

HAN, Byung-Chul (2013), *La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder.

HAN, Byung-Chul (2014), *Psicopolítica*, Barcelona, Herder.

LACLAU, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI.

SCHULTZ, Theodore W. (1985 [1961]), *Invirtiendo en la gente*, Barcelona, Ariel.

VÁZQUEZ, Francisco (2005), “Empresarios de nosotros mismos. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal”, en: UGARTE, Javier (ed.), *La administración de la vida. Estudios Biopolíticos*, Barcelona, Anthropos, pp. 73-103.